

PAMFLETJEN



VI PREMIO DE NOVELA POLICÍA NACIONAL



JERÓNIMO TRISTANTE
PAMFLET IEN

algaida



La novela *Pamfletten*, de Jerónimo Tristante, resultó ganadora del VI Premio de Novela Policía Nacional. El jurado tuvo como presidente al comisario principal José Manuel Pérez y estuvo compuesto por Espido Freire, Luis del Val, José Ángel Mañas, el inspector jefe Rubén Sánchez, Miguel Ángel Rodríguez y, actuando como secretario, el inspector jefe Carlos Sánchez.



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2023

© Jerónimo Tristante, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 23

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-883-2

Depósito legal: SE. 1974-2023

Impreso en España-Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PARTE PRIMERA

Alonso	11, 18, 25, 31, 36, 42, 48, 55, 62, 69, 76, 83, 90, 95, 102, 110, 117
El monstruo	15, 21, 28, 34, 40, 45, 52, 59, 65, 72, 79, 87, 92, 99, 107, 113, 124

PARTE SEGUNDA

El auditor.	129
Un enorme gato negro.	144
Ester Oberdorf	159
Bruselas	171
<i>Pamfletten</i>	180
Élise Iansen	189
El monstruo	204
El barón Paard	208
Genoveva.	218
Agnes	229
El combate de Heikant	242
La noche	253
La encamisada	264
Lepanto	273
El bosque de Ranst.	282
El monstruo	292

<i>Grote zwartw kat</i>	294
Frederick	304
La procesión	313
La pelea	326
Espías	337
El maestro	346
Lejos	356
El mochilero	367
Brechtje	378
El monstruo	384
El domine Gómez	391
El monstruo	399
Venganza	403
Jacques	410
Desenlace	413
EPÍLOGO	
Despedida	419

PARTE PRIMERA

ALONSO

Madrid, 1551

ALONSO PADILLA NUNCA DESEÓ SER SOLDADO NI PENSÓ QUE PUDIERA acabar en el oficio de las armas, nunca; pero una cosa es lo que uno se propone y otra lo que te depara la vida. Nunca pensó que el camino que uno sigue se debiera a los designios de la Providencia porque nunca fue lo que se dice un creyente convencido. Tampoco es que presumiera de ello porque en la España imperial, católica y pía, no era negocio inteligente hacer alarde de ser ateo. Lo uno podía llevar a lo otro, esto es, a que sospecharan que eras un judaizante o, a lo peor, un hereje, y todo el mundo sabía cómo las gastaba al respecto el Santo Oficio. De manera que podría decirse que Alonso siempre supo mantenerse en ese limbo que supone el no definirse demasiado en cuestiones religiosas y pese a que la sospecha flotaba sobre él por ser hombre de letras y medio artista, acudía a los oficios cuando era menester, cumplía con unos mínimos que a sus congéneres les parecieran aceptables y supo disimular toda su vida que no esperaba nada del Supremo Hacedor, al contrario que la mayoría de la gente. Esta reflexión no es, ni mucho menos, una pérdida de tiempo en giros y circunloquios, sino que es importante para dejar claro que, si acabó en los Tercios, la más eficaz infantería que vieron los

tiempos, no fue sino por sus propios errores y por el otro factor que afecta a la vida del siempre débil y voluble ser humano y que no podemos controlar: el azar.

Era su padre, don Ramiro, nada menos que el cuarto conde de Navarra, lo que le permitía recordar los primeros días de su infancia con agrado, allí, en la lejana Segovia donde el cabeza de familia, su esposa Leonor y los tres hermanos de Alonso —dos varones y una hembra— disfrutaban de una vida sencilla y a la vez desahogada. El patriarca de los Padilla era hombre inteligente y recto, en general, pero fue aficionado en su época a uno de los peores vicios que pueden asolar el alma humana: los naipes. Aunque, por otra parte, habría que reconocer en honor a la verdad que escarmentó, y bien, y eso forma parte de esta historia.

El caso es que Alonso no recordaba muy bien el cómo ni el por qué, pero cuando tenía seis añitos —era el menor de la familia— se vieron obligados a dejar aquellas tierras y acabaron residiendo en una vieja casona que su madre heredara de su abuelo en la calle de Toledo, en plena Villa de Madrid. Nunca se supo bien qué ocurrió en aquellos lejanos días en que su padre selló la ruina familiar, pero siempre quedó flotando la impresión de que fue asunto de deudas de juego. De aquella desgraciada época no se hablaba nunca en la familia y era un hecho más que probado que, durante años, el cabeza de familia dejó de autodenominarse conde de Navarra aunque luego, cuando llegaron las vacas gordas, volvió a hacerlo. Todo parecía indicar que durante un tiempo no tuvo interés alguno en poder ser localizado, nunca se supo bien por quién o quiénes. Aquellos primeros años en Madrid fueron duros. La casa familiar era inmensa y fría, tenía un huerto y algunos árboles frutales que todos cuidaban con esmero. La madre de Alonso aún poseía unas tierras en Guadalajara que el padre no se había podido jugar y parece ser que, entre el arriendo de las mismas, las provisiones que les enviaban sus aparceros y el fruto de su humilde explotación del huerto, aquellos nobles venidos a menos comían dos e incluso tres veces al día. Poca cosa era: mucho caldo, menos carne, nabos y alguna que otra manzana que echarse al colete. Estaban todos flacos como perros callejeros y a Alonso le constaba que sus progenitores

no hacían apenas vida social en la Villa, en parte por falta de medios para aparentar y en parte por el descrédito que el cabeza de familia había arrojado sobre todos ellos.

Pese a ello recordaba Alonso una infancia feliz en Madrid, con privaciones, pero con mucha libertad para callejear con otros pilluelos. Porque ni su ropa, ni su estado físico, ni su tez tostada por el sol y los elementos, auguraban que pudiese ser, ni remotamente, un grande de España. Probablemente aquello configuró de manera determinante su personalidad como adulto y quizá es por eso que simpatizó siempre con la gente llana, con la plebe, y también en gran parte por las enseñanzas de su maestro, al que conoció más tarde.

Alonso prefería la compañía de la gente del pueblo que la de los grandes hacendados o los poderosos nobles que acabaron poblando la Villa de Madrid cuando esta fue Corte. Porque ahí estuvo la clave de que su padre lograra dar la vuelta a las tornas, en el hecho de que la ciudad de Madrid terminara siendo la capital del imperio que por aquellos días dominaba el orbe.

Solo hay una constante que recordaba en su vida desde niño, su pasión por dibujar. Allí donde se hacía con un carboncillo y con un resto de pergamino, allí que paraba a pintar lo que fuera: igual un caballo que una era que un puesto ambulante de verduras. Esa afición lo acompañó toda la vida y fue, seguramente, la fuente de sus más altos logros y de sus más lamentables desgracias.

El caso es que debía correr el año de 1559, más o menos, cuando vino a visitar a la familia el primo de su padre, amigo de juventud y compañero de correrías de don Ramiro en sus tiempos mozos. Rodrigo era hombre bragado que acabó en esforzado jesuita con el paso del tiempo. Fue soldado de joven, y llegó a capitán para ser herido de gravedad en la batalla de Mühlberg y volverse a Segovia para ingresar en los jesuitas donde, al parecer, gozaba de cierta importancia. Vino desde la Corte, de Toledo, y cenó con la familia sin hacer reparo al buen vino y a un cordero que, tirando la casa por la ventana, don Ramiro había ordenado asar en su honor. Y fue en aquellos momentos en que Baco suelta las lenguas

cuando al primo se le escapó que estaba en Madrid para buscar una buena ubicación para los jesuitas, vamos, que buscaban casa y de ciertas dimensiones. Y fue en aquel momento que cambió la suerte de aquella familia.

EL MONSTRUO

Cádiz, 1547

MIGUEL SIEMPRE SUPO, DESDE MUY PEQUEÑO, QUE HABÍA UN monstruo dentro de él.

Nunca le afectaron aquellas cosas que le enseñaban sobre las penas del Infierno. Siempre creyó, y eso que era muy niño para creerlo, que solo existía el aquí y el ahora. Él creía en lo que podía ver y tocar, y algo le decía que la vida era corta y había que aprovechar. Si algo te gustaba lo cogías, punto; donde, como y cuando fuera, no había más.

Era consciente de que en su interior habitaba un algo primitivo, muy básico, que le empujaba a conseguir lo que quisiera y en el momento que quisiera sin reparar en las consecuencias de aquellos actos para los demás que, dicho sea de paso, le parecían seres insignificantes, molestos e innecesarios. Ni siquiera las enseñanzas y la vara del dómine Sánchez lo metieron en vereda. Veía a los demás, desde muy niño, como meras piezas en el tablero de ajedrez que es la vida, unas te sirven, otras no o se vuelven prescindibles, poco más.

Nunca quiso a sus padres, Blas y Manuela, que trabajaban como mulas en la vaquería para tener un buen pasar. Se levantaban a las cuatro de la madrugada y no paraban: ordeñando, acarreado estiércol, llevan-

do la leche a los clientes o vendiendo carros llenos de boñigas a los agricultores del interior, más allá del istmo que para él, Miguel, era algo así como el fin del mundo.

Era el de sus padres un matrimonio bien avenido que gozaba de la confianza de Giacomo, un genovés, de los muchos que vivían en Cádiz, hombre rico y que ostentaba el cargo de regidor; no en vano, de los nueve que controlaban la ciudad, cinco llegaron a ser de aquella ciudad italiana lejana y próspera. Este hombre tenía posibles como para comprar las doce vacas de la explotación que arrendó a sus padres, extramuros, en el arrabal que quedaba al oeste, tras el Arco de la Rosa, cerca de la iglesia de Santiago donde el dómine se empeñaba en enseñar a Miguel y otros criajos cuatro letras y dos latines.

El monstruo que crecía en su interior iba madurando como él, sano y fuerte, pues la buena nutrición que le aportaban la leche y los quesos, que eran cosa asegurada en su casa, le hacían sacar un palmo a todos los pilluelos que, como él, asistían a clase en la pequeña escuela anexa a la humilde parroquia.

Miguel siempre fue un consentido, pues era sabido en el vecindario que Manuela, la madre, debía de estar seca pues no concebía tras años y años de matrimonio. Pero un buen día llegó el milagro y la mujer quedó preñada. Tenía por entonces cuarenta y un años, edad en la que muchos por aquel entonces parecían ya ancianos. La elevada edad de sus padres y lo tardío de su advenimiento provocó que estos se volcaran en el cuidado del pequeño Miguel que desde el primer momento se acostumbró a que en aquella casa se hiciera su santa voluntad. Solo el dómine Sánchez le imponía respeto pues sabía que esa falta de límites podía llevar a un crío a la perdición más absoluta. Y así, entre carreras y travesuras por la ciudad vieja, juegos de guerra en el Fuerte de Santa Catalina o excursiones al molino que acababa en el oeste de la península, la infancia de Miguel discurrió feliz y plácida. Aunque había algo que no iba bien: siempre le acompañaba una intensa sensación de insatisfacción. No parecía un niño sonriente o confiado como los demás, se aburría rápido de las cosas y no había llegado a un lugar cuando ya pensaba en irse hacia el siguiente. Era

cruel con los animales. En su casa no quedó un gato, a los que disfrutaba desollando vivos cuando nadie lo veía; destripó ratas, ratones y ranas, y encendía fuegos en cuanto podía. Muchas noches mojaba el catre, y comenzó a tartamudear cuando se ponía nervioso. Y así llegó a la edad de ocho años en que cometió su primer asesinato.

ALONSO

DON RAMIRO PADILLA, CONDE DE NAVAFRÍA, PESE A SUS ERRORES, nunca tuvo un pelo de tonto y anduvo listo en aquella cena con su primo el jesuita. Aprovechando los efluvios del vino le preguntó disimuladamente el porqué de ese interés por la Villa de una orden, la de los jesuitas, que bien era sabido no daba puntada sin hilo. Y quiso su buena suerte que a su querido primo se le escapara que su majestad, don Felipe II, iba a trasladar la Corte a Madrid al año siguiente.

Así, como si nada.

El padre de Alonso hizo esfuerzos para no dar un respingo en la silla. Hay personas que ven pasar las oportunidades por delante sin darse cuenta; don Ramiro demostró no ser de esos. Esa pequeña frase que se le había escapado de rondón a su primo valía su peso en oro y él lo supo al instante.

Lo vio claro desde el principio: ni qué decir tiene que Ramiro de Navafría logró convencer a su primo Rodrigo, el jesuita, de que la casa familiar sita en la calle Toledo era un lugar ideal para la ubicación de la futura casa de su orden en la Villa de Madrid. No demasiado cerca del Alcázar para que los jesuitas no sufrieran las molestias de la mundanidad del ambiente siempre fatuo que rodea a la realeza, pero no demasiado

lejos del lugar donde se iba a localizar el mayor punto de toma de decisiones del imperio que dominaba el mundo.

Don Ramiro, zalamero, lloriqueó también a su primo haciéndole ver lo delicado de su situación económica y entre unas y otras razones, logró vender la casa a un precio al parecer más que razonable.

Pero aquello no acabó, como se esperaba, con las penurias de la familia o, al menos, así lo recordaba Alonso. Fue peor. Su padre empeñó todo el dinero obtenido en una casona que no estaba en condiciones de ser habitada y que quedaba, como quien dice, a tiro de piedra del Alcázar, junto a la mismísima plaza de Palacio, en la calle de san Juan.

Los miembros sin voz de la familia —su madre la primera— no entendieron nada de tan dudoso proceder pues lo lógico hubiera sido comprar una vivienda más nueva y cómoda, más alejada de las incomodidades que producía vivir en la zona más atestada de la urbe donde, hay que decirlo, comenzaban a producirse ciertos problemas de insalubridad.

Pero no, el cabeza de familia tomó aquella decisión de manera extraordinariamente firme haciéndoles pasar más frío y hambre si cabe que antes. «Esto va a ser solo un año, paciencia», repetía misteriosamente una y otra vez.

Alonso podía dar fe de que en su vida comió tanto nabo hervido como en aquellos días y juraba poniendo a Dios por testigo a quien quisiera escucharle que no había vuelto ni volvería jamás a probar uno en lo que le quedaba de vida.

El caso es que luego supieron que, no contento con aquella operación —que toda la familia juzgaba desastrosa—, don Ramiro acudió a un acaudalado habitante de la calle de los Peregrinos que, según decían las malas lenguas, prestaba dinero. Se llamaba Andrés Pérez y poseía tierras, posadas, traía y llevaba mercancías y su casa era de las más granadas de Madrid. Era converso de segunda generación, pero nunca fue molestado por el Santo Oficio pese a que su actividad era harto sospechosa. Al parecer hacía negocios para gente importante, de sangre limpia, y estos lo protegían discretamente cuidándose él mucho de meter la pata pues asistía a misa puntualmente con su mujer y sus siete hijos y cumplía de manera impecable con todos los preceptos que mandaba la Santa Madre Iglesia.

El conde de Navafría acudió a él a pedirle dos grandes sumas de dinero para comprar sendas viviendas cerca de Palacio. Al judío, que en realidad se llamaba Aarón Torrella, le pareció raro y quiso saber algo más sobre la naturaleza del negocio para el que el padre de Alonso demandaba tantos y tantos escudos.

Le extrañó sobremanera que don Ramiro de Navafría quisiera adquirir dos viviendas sitas respectivamente en la calle San Gil y en la plazuela de Santiago, céntricas, pero de elevado precio para lo que era usual en la Villa.

Al judío no se le escapó que ambas se ubicaban cerca de los aposentos reales.

—¿Queréis vos poner hospederías? —preguntó con curiosidad.

Don Ramiro, que había estudiado minuciosamente todas y cada una de las viviendas disponibles en el entorno de lo que iba a ser la Corte en un año y que tenía muy claro los precios de todas ellas, las caras, las baratas y las que estaban mejor o peor restauradas, no supo muy bien qué decir.

Como el otro no aflojaba los dineros y él veía una gran oportunidad, le hizo jurar por nuestro Dios y por el suyo que no diría nada a nadie y le ofreció la oportunidad de hacer un gran negocio: el padre de Alonso, como cristiano viejo, daría la cara, buscaría los inmuebles, adquiriría los mismos y los vendería. Aarón solo tenía que poner el dinero y luego cobrar. Como garantía ofreció la nueva vivienda familiar y las pocas tierras de su mujer en Guadalajara.

El judío se lo pensó un poco. Era hombre de negocios, brillante y avisado. Supo que la idea del conde Navafría era buena y le estrechó la mano. No solo adquirió don Ramiro las dos viviendas iniciales, sino que gracias al dinero del judío pudo comprar otras dos sitas en la calle del Espejo y en la calle de Santa Ana, todo con la mayor discreción posible para no llamar la atención. El judío costeó algunas reformas que serían deducidas del montante total de la venta final y así se dispuso don Ramiro a aguantar aquel año como fuera, sin que su familia supiera siquiera lo que tramaba y con trescientos sesenta y cinco días de privaciones por delante.

EL MONSTRUO

EL DÓMINE GÓMEZ SABÍA PERFECTAMENTE CÓMO ERA MIGUEL Y el crío era consciente de ello. Lo observaba constantemente y hacía preguntas extrañas a sus padres día sí y día también, y él lo sabía. Una buena mañana el cura lo sorprendió haciendo algo que a él le gustaba mucho, que le hacía disfrutar. Miguel cogía un perro callejero, le daba algo de comer y lo acariciaba hasta que el animal le ofrecía la panza para que se la rascara.

En ese momento, tras haberse ganado la confianza del animal, echaba un lazo por una de las patas traseras y unía la extremidad con los testículos del animal. La cuerda era corta, en extremo, para que el animal no pudiera apenas estirar esa pata. A continuación, y para regocijo de los demás pilluelos, corría al animal a pedradas que huía entre agudos gemidos de dolor con la pata encogida y sufriendo horribles tirones en sus genitales. A veces había suerte y el animal se arrancaba los testículos para morir desangrado unos metros más allá. Uno de esos días, en que hubo suerte y el animal en cuestión quedó oculto tras un matorral a la vez que se le iba la vida respirando dificultosamente, Miguel se giró al escuchar tras de sí un ruido: era el dómine Gómez que le había seguido.

El cura, sin mediar palabra, le propinó un sopapo que le hizo rodar y caer al suelo más allá del pobre animal.

—¡Sé quién eres! —le dijo señalándolo amenazante con el dedo. Entonces, hizo un gesto con la cabeza indicándole un inmenso pedrusco que había junto al perro y sentenció:

—Acaba con el sufrimiento del animal o te las verás conmigo. El crío no se lo pensó dos veces.

Era por eso que Miguel se andaba con mucho cuidado con aquel maldito cura ya que sospechaba, como luego ocurrió, que acabaría generándole problemas serios. Porque fue aquel cura metomentodo quien originó el principio de su fin.

Al menos en Cádiz.

Había un tipo malencarado que residía en la playa de la Caleta, a medio camino entre los fuertes de Santa Catalina y San Sebastián. Era viejo y delgado, aunque quizá su aspecto provenía más del desgaste de los años que otra cosa pues había sido soldado y, cosa rara, había llegado vivo a la licencia. Cobraba, según decían, una exigua paga por los servicios prestados y trapicheaba con algunos asuntos de los que era mejor no saber nada. Un amigo de Miguel, Julito, iba mucho por la casa del soldado, apenas un chamizo. Decían las malas lenguas que hacía de intermediario con gente de alcurnia que gustaba de la compañía de zagales pobres que no hicieran ascos a la posibilidad de ganarse unos reales por pecar contra natura. Nada de aquello se había podido probar y bien podían ser rumores, pero Julito le había contado lo que hacía con el viejo soldado a Miguel y no eran cosas inocentes precisamente. Le daba asco aquel tipo, aunque no le preocupaba que su amigo tuviera que hacer aquel tipo de cosas para comer algo decente, ya que en su casa no le atendían porque eran más de diez hermanos y el padre, pescador de oficio, pasaba más tiempo borracho en la taberna que faenando.

Un verano, jugando en el arenal que llevaba al istmo, cuando caía la tarde, Julito se sacó algo del calzón: era un trapo sucio que envolvía un objeto que parecía tener un brillo metálico. Estaban solos y apenas pasaban dos muleros a lo lejos, por el camino que llevaba a Sancti Petri.

—Mira —dijo como el que hace una gran confidencia—. Lo he cogido de casa de ese cerdo.

Miguel supo enseguida que se refería al viejo soldado, pues su amigo lo visitaba regularmente.

Tras desenvolver el trapo, sucio y maloliente, apareció una hermosa daga.

—¡Vaya! —exclamó Miguel deslumbrado por aquella pieza que llevaba unos hermosos engarces de pedrería en la zona de la empuñadura y en la recia guarda que evitaba que el estilete se resbalara y pudiera cortar a su dueño a la hora de clavar el arma en el cuerpo del enemigo.

—Se la quitó a un caballero francés al que desmontó con su pica. Me contó que el otro, una vez descabalgado apenas si podía moverse, pataleando boca arriba ridículamente. «Fue como quitarle un maravedí a un niño», me dijo sonriendo. Lo degolló con ella. Siempre que se emborracha lo cuenta, una y otra vez.

—¿Se la has robado?

—Claro, la voy a vender. Voy a ser rico.

—Pero sabrá que has sido tú...

Julito estalló en una carcajada:

—Quia, esa historia la cuenta cada vez que se emborracha y le enseña la daga a otros críos que van por allí. A mí me la contó por primera vez hace más de dos meses. No puede sospechar de mí.

—Dámela —dijo de pronto Miguel.

—¿Cómo?

—Que me la des.

Los dos críos quedaron, de momento, parados. El uno por la extraña petición de su amigo y el otro, como tenso, como si fuera a lanzarse sobre su amigo de un momento a otro.

—No —repuso Julito echándose hacia atrás pues no le gustó lo que se percibía en la mirada de su amigo—. Es mía.

—Ya, pero yo la quiero —repuso el otro.

Julito dio dos pasos hacia atrás, eran igual de altos, pero Miguel, gracias a la leche que ingería a diario, era más corpulento, estaba más hecho.

—¡Que no, Migué! La he robado yo. ¿Por qué había de dártela?

Y ahí salió el monstruo por primera vez. Julito notó cómo el rostro de su amigo había cambiado, como aquella mirada daba miedo, evidenciaba determinación y fuerza. Y no la de un humano precisamente. Sintió que le temblaban las piernas.

Miguel, con voz calma y tranquila, como el que dice una obviedad afirmó simplemente:

—Porque la quiero, porque me gusta y por eso me pertenece.

Antes de que su amigo pudiera darse cuenta, había arrojado un puñado de tierra a sus ojos, lo dobló de un rodillazo en la ingle y tras coger la daga que había caído al suelo, sujetó a su amigo por el pelo, desde detrás, y pasó el filo de la misma con fuerza por el cuello haciendo aparecer una línea rojo oscuro en el mismo, de la que manó la sangre en abundancia al momento.

Julito sintió que se doblaban sus rodillas y rodó por el suelo, embarrado en arena. Miguel percibió una especie de placentero hormigueo en las partes bajas cuando lo vio gorjear, cuando comprobó que a Julito se le escapaba la vida y al percibir el olor dulzón de la sangre.

Comenzaba a oscurecer.

La brisa era fresca, traía olor a mar. Aspiró el aire y sintió que le llenaba los pulmones haciéndole sentir vivo y, sobre todo, poderoso.

Esperó a que su amigo quedar inerte, rodeó la daga con el trapo, se la colocó en la parte de atrás del fajín con que sujetaba el calzón y volvió caminando a paso vivo a casa. No quería llegar tarde a cenar. Tenía hambre.

ALONSO

EN AQUELLOS DÍAS EN QUE LA FAMILIA DE ALONSO MALVIVÍA EN la nueva e inmensa casona de la calle de San Juan en espera de no se sabía qué, ocurrió algo que contribuyó a mejorar aún más su fortuna. Era noche cerrada y en el recuerdo de Alonso, apenas un crío, quedó grabado eso: que hacía frío. Un frío de muerte pues en aquella casa no se encendían las chimeneas debido a la mala situación económica de la familia. Era bien entrada la noche cuando alguien llamó al portón. Se habían echado ya los postigos así que el único que quedaba despierto, Pascual, el último sirviente que trabajaba en la casa, se levantó maldiciendo a abrir porque afuera alguien preguntaba a grito pelado por el señor de la misma.

Cuando todos bajaron a la puerta se encontraron con un coche cerrado, regio, negro y escoltado por cuatro hombres a caballo a la puerta de la vivienda familiar.

Don Ramiro, en camión, cubierto apenas con una toquilla, lucía su birrete de dormir y parecía medio atontado.

—¿Ramiro de Navafría? —dijo por toda presentación uno de los recién llegados que vestía enteramente de negro y ocultaba el rostro con la capa subida hasta el cuello y la visera de un amplio sombrero de ala de ancha.

—El mismo que viste y calza —contestó el señor de la casa.

Dos criados de los de librea, salidos de no se sabía dónde, abrieron la portezuela del carro y en ella apreció un tipo vestido de terciopelo negro, con un buen abrigo de piel y que lucía un bastón macizo, con pomo de profusa pedrería y con los dedos llenos de anillos. Era un tipo grande, gordo, inmenso, de poblados bigotes blancos.

—Pasemos adentro, no llamemos la atención —dijo el embozado que evidenciaba claramente un porte militar.

Les llamó la atención que el preboste entraba en aquella casa sin pedir permiso, saludar o atenerse a las mínimas normas que la etiqueta requiere. Una vez dentro, entre el criado y los dos lacayos echaron los postigos con mucho misterio.

—Perdonad esta intrusión en mitad de la noche, pero no podíamos venir a la luz del día —dijo el de los inmensos bigotes hablando por primera vez—. Me llamo Blas Márquez y soy el secretario personal de don Gumersindo Infantes.

Todos quedaron mirándolo, con la boca abierta, como tontos. Era evidente que no sabían quiénes eran ni el uno ni el otro y, menos, de qué hablaba aquel tipo.

El recién llegado carraspeó algo molesto y aclaró:

—Don Gumersindo es el hombre fuerte del Consejo de Hacienda y yo, que lo represento, estoy aquí para hablar con usted de ciertos asuntos, de los digamos... delicados.

Don Ramiro miró a su familia como con cara de enfado y con un gesto de su cabeza los hizo desaparecer a todos de camino a sus habitaciones.

Alonso dormía en aquellos tiempos abrazado a su hermano Julián, tal era el frío que pasaban, y en aquella noche no pegaron ojo preguntándose el uno al otro qué estaba pasando en su casa y con tan distinguida visita. ¿Irían a prender a su padre por lo del juego? ¿En qué asuntos andaba metido don Ramiro condenándolos al hambre y las privaciones?

Desgraciadamente, y para hacer aumentar la frustración familiar, el padre no soltó prenda. Ni a la mañana siguiente ni en días posteriores

ni en mucho tiempo. Fue con el paso de los años que supieron, y siempre por rumores y cotilleos de la Corte, que don Blas vino subrepticamente a encargar al conde de Navafría la realización de compras aquí y allá, tanto en la zona cercana al Palacio como en los arrabales de Madrid, en la zona que luego se llamó Casa de Campo, por ejemplo. Compras de inmuebles como casas, huertos y hasta algún molino. ¿Para quién? Pues no es difícil deducir que, si don Blas trabajaba para don Gumersindo y este rendía cuentas a la más alta instancia, el padre de Alonso se había visto convertido en el hombre que llevaba los futuros negocios del monarca en la Villa. No es de extrañar que aquella información, valiosa por otra parte, de que se les venía encima la Corte, no iba solo a hacer ricos a algunos avisados como don Ramiro y su prestamista, sino que quien toma ese tipo de decisiones se encuentra en la mejor situación posible para rentabilizar la compra por cuatro reales de terrenos y heredades que luego habrán de subir de precio de manera espectacular. Así que don Ramiro, sin quererlo, pudo redondear su jugada enriqueciéndose aún más con aquellas comisiones reales y, lo más importante, situándose en lugar preclaro de cara a disfrutar del favor real que siempre beneficia al que lo ostenta. Aspecto que tuvo una influencia vital en el devenir futuro de los acontecimientos.

EL MONSTRUO

AL DÍA SIGUIENTE DEL SUCESO DE JULITO, A ESO DEL MEDIODÍA, Miguel comprobó, no sin cierta preocupación, que un grupo de paisanos comenzaba a reunirse en la pequeña plaza polvorienta situada delante de la iglesia de Santiago. Allí estaba la madre de su amigo que gritaba que su hijo había desaparecido, que no sabían nada de él y que temía que algún depravado se lo hubiera llevado para sacarle la sangre y las mantecas. Cada vez llegaba más gente. Alguno propuso que se organizaran en partidas para explorar los contornos del arrabal. Sintió que el corazón se le disparaba.

Entonces llegó el alguacil, un tipo orondo de profusos bigotes y al que todo el mundo respetaba. Escuchó, se atusó el bigote y se puso las manos en la barriga haciéndolas descansar sobre el cinturón que cerraba una sobreveste de piel de ciervo que en aquella época debía asar de calor a un hombre tan corpulento.

Entonces hizo un gesto raro, como ladeando la cabeza. Parecía evidente que no le gustaba el asunto. Todos aguardaron a ver qué disponía y él sentenció:

—Ayer mismo vino a verme ese viejo soldado... Me dijo que le habían robado una daga muy valiosa y que sospechaba, precisamente, de Julito.

La gente comenzó a gritar entre aspavientos. La plebe es así y tiende a erigirse en, un momento, en alguacil, juez y verdugo. Enseguida ataron cabos y pensaron que el viejo soldado se había vengado del zagal:

—¡Ha sido ese cerdo! —dijo alguien.

—¡Vamos a su casa! —gritó algún otro fuera de sí.

—¡Un momento! —sentenció el alguacil con autoridad dejándolos a todos parados—. El soldado vino a verme ayer por la mañana y llevaba un hatillo. Iba de camino a Sanlúcar para ver a su hermana. Salió de aquí después de manifestarme sus sospechas. —Entonces, mirando a la madre de Julito, preguntó—: ¿A qué hora se vio al crío por última vez?

—A mediodía, a la hora de comer.

—A esa hora ya hacía más de tres que el viejo había partido, así que no me hagan conjeturas. De momento vamos a organizarnos en grupos y a buscar al zagal, no es la primera vez que una treta de estas monta un buen lío. Todos tranquilos, es una chiquillada.

Miguel quedó parado a la vez que miraba con preocupación a unos y otros. Era un día caluroso y el cielo, hermosamente azul, aparecía salpicado de perfectas nubes blancas aquí y allá. Convino que no quería morir siendo la vida tan bella. De ordinario se sentía insatisfecho, con prisas, con la horrible sensación de que no pertenecía a ningún lugar y de que se aburría, le mortificaban los problemas absurdos y los anhelos de la gente. Solo se sentía vivo cuando maltrataba a un perro, rajaba a un gato o cuando había apuñalado a Julito. Necesitaba acción, emociones, sentir el corazón golpeándole el pecho latiendo con rapidez. Eso era lo que a él le gustaba y no la rutina, la tranquilidad y el sosiego de aquella monótona existencia. Al menos se había quedado la daga. Aquello sí le satisfacía. Quizá era por eso que el cielo le parecía hermoso en aquel momento y que no quería morir. Se imaginó capturado, torturado y ejecutado a la vez que observaba que varias partidas iban en dirección al istmo. No tardarían en encontrar el cuerpo de Julito. Fue en ese momento, cuando giró la cabeza pues se sentía observado, para enfrentarse directamente con la inquisitiva mirada del dómine. Sonreía y le señalaba con el índice enhies-to como cuando le decía habitualmente:

—Sé quién eres, Miguel.

¿Cómo podía leerle la mente de aquella manera aquel maldito cura? Intentó calmarse y reparó en que el robo de la daga y la ausencia del viejo soldado podían venirle muy bien. Decidió irse a casa a esperar a que oscureciera. No pensó siquiera en rezar para que no hallaran aún a Julito porque no creía en Dios.